



Recogidos por Johannes Wilbert

Mitos de los indios yarabana

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Recogidos por Johannes Wilbert

Mitos de los indios yarabana

Mayowoca y Ochi.

Al principio de los tiempos sólo había una pareja de seres humanos (hombre y mujer), que vivían en la soledad más austera en el ámbito del mundo. Estos primeros seres humanos tenían un cuerpo diferente del nuestro, ya que la mitad inferior no existía terminándose en el bajo vientre. Comían con la boca y la eliminación se llevaba a cabo por la tráquea, cerca de la manzana de Adán (De esa materia fecal humana surgieron los tembladores, con todo el peso de una herencia absurda...).

Además de estos seres humanos, existían o «eran», pues que no tenían generación, dos hermanos sobrehumanos, con prerrogativas casi divinas: el mayor se llamaba Mayowoca y el menor Ochi. Un día, Mayowoca salió para buscar a su hermano Ochi que se había perdido en una de sus muchas aventuras o «trabajos». Llegó Mayowoca a orillas de un río donde vio al hombre truncado pescando atentamente en la corriente del río. Observándole desde un seguro escondite, vio que el hombre pescaba un hermoso pez caribe que, coleando, fue izado a un lugar seguro de la orilla. Agarró el hombre su maza e intentó destrozar la cabeza del caribe. El pez en realidad no era un caribe sino Ochi, en persona, el hermano menor de Mayowoca que se había metamorfoseado en caribe para robar el anzuelo de oro del hombre.

Mayowoca vio en peligro a su hermano y transformándose en un gigantesco zamuro comenzó a revolotear encima de la cabeza del atrevido pescador. Este, al defenderse del molesto pájaro, descuidó su presa y cuando el zamuro dejó caer sus excrementos sobre la maza que el pescador ostentaba, Ochi aprovechó el momento oportuno, y, haciendo una tremendo esfuerzo de ballesta, saltó al río.

Inmediatamente Mayowoca se metamorfoseó y tomó la forma de un colibrí y fue a robar el anzuelo de oro al pescador.

Mayowoca entró en una cerrada discusión con el hombre para tratar de conseguir la cesta misteriosa que éste tenía, y de donde surgía toda una sinfonía de cantos de ave. Se trataba del pájaro-sol, captado por la fuerza y astucia del hombre. El sol en todo [212] este tiempo se mantenía fijo y brillante en su perpetuo zenit, sin día ni noche.

Mayowoca se acercó al hombre, y tomando un cuerpo como el de los seres humanos de ahora, le preguntó cuál era el precio del pájaro-sol, pues que deseaba comprarlo. Ahora bien, cuando Mayowoca se acercó más al extraño ser humano, éste notó que en el sitio donde los hombres actuales tienen la oreja, llevaba Mayowoca el tan ansiado anzuelo de

oro. Por eso el hombre truncado rechazaba todas las ofertas. ¿Qué hacer? Mayowoca se decidió por ofrecerle lo más precioso que tenía a su disposición. Dijo al hombre: «Veo que te falta la mitad del cuerpo. No tienes pies para andar. Para moverte de un sitio a otro, has de rodar por el suelo como un palo cortado. Si me das al pájaro-sol yo haré que tengas un par de pies, para poder andar sin molestia. Así podrás ir luego a todas las partes del mundo». El hombre truncado no pudo resistir a la oferta, porque en realidad le era muy difícil y molesto el desplazarse, rodando como un palo cortado, de una parte a otra. Por esto, aceptó el intercambio, bajo la previa condición de que su mujer obtendría también la mitad inferior del cuerpo.

Mayowoca llamó entonces a la mujer del pescador. Les hizo acostarse a la orilla del río, y a fuerza de masajes y de no modelar de cerámica con el mismo cuerpo truncado de los primeros seres humanos, obtuvo las extremidades inferiores de ambos.

Inmediatamente, hombre y mujer, brincaban y saltaban sobre sus pies... y comenzaron, cuidadosamente y con precaución, a caminar, a andar... Desde este momento los hombres no sólo pudieron caminar sino que adquirieron la capacidad de reproducirse.

Mayowoca acompañó a los dos hasta la casa donde el hombre guardaba la cesta con pájaro-sol. Prometió al hombre tener suma precaución con la misteriosa cesta y de tratar bien al pájaro-sol. «Y, sobre todo -dijo el hombre- nunca te atrevas a abrir la cesta, porque si la abres, el sol huiría y nunca más podrías encontrarlo. Sí, es muy penoso poseer algo de mucho valor y cuidarlo, y tenerlo consigo, y llevarlo consigo... pero sin nunca poder ver lo que uno tiene».

Se despidió Mayowoca de la pareja humana, ya enteriza e íntegra, y fuese, alegre, con la misteriosa cesta, bien equilibrada sobre las abiertas palmas de sus manos. Escuchaba, extasiado, el canto sublime del pájaro-sol. Iba lentamente, con cuidado, arrobado. De pronto, se encontró con su hermano Ochi, quien apareció a orillas de un río, lavándose las heridas que había recibido con la aventura del anzuelo de oro y los primeros golpes de aquella horrible maza. Tan grande quedaba la aventura pasada en la creación que aún hoy día el pez caribe lleva el surco de las rayas negras, detrás de su cabeza: son las heridas restañadas, pero no desaparecidas, de aquella tremenda aventura del principio de los tiempos. [213]

Cuando Ochi vio a su hermano mayor, se levantó al instante para acompañarle en el largo camino de la selva virgen. Al atardecer, llegaron a lo más intrincado de la selva inmensa. Y allí vieron un hermoso árbol, cargadito de frutas. Ambos tenían mucha hambre. Mayowoca pidió a Ochi subiera al árbol para conseguir las frutas tan sabrosas.

Ochi concibió su plan, porque aquella cesta y aquel canto no eran normales. Subió, sí, al árbol, pero arriba ya, comenzó a sacudir al tronco de un modo alarmante. «No puedo subir más -dijo a su hermano-. El viento es muy fuerte. Ven tú, pues que eres más fuerte que yo. Tal vez puedas llegar a la copa del árbol, donde están esas frutas tan sabrosas...».

Saltó a tierra y Mayowoca subió al árbol, no sin antes advertir a Ochi que no abriera de ningún modo la misteriosa cesta. Ochi, sin embargo, vencido por la curiosidad, no hizo

caso alguno a la advertencia de su hermano, y tan pronto como éste desapareció entre el follaje del árbol, saltó para abrir la tapa de la cesta. Al instante mismo, el pájaro-sol interrumpió su armonioso canto y escapo volando a los cielos, en un horrible croar desconcertado. Al mismo tiempo aparecieron unos nubarrones, desapareció el sol y la tierra entera quedó sumida en una noche negra, negra como el azabache. Cayó la lluvia a torrentes... y llovió, llovió doce días sin parar. La tierra entera quedó anegada en aguas sucias, frías, negras, infectas...

Los dos hombres se hundieron: una colina los tragó. Ningún pájaro cantaba ya en los árboles y ningún animal rugía ya en la selva y en los montes. Sólo el viento ululaba. Sólo la lluvia fustigaba. Y entre las aguas negras y el cielo aún más negro, se oía el eco tremendo de la voz lastimera de Ochi, quien, acurrucado y en cuclillas, lamentaba su acción imprudente, allá en la cima de un altísimo cerro, a donde las aguas no llegaban.

Mayowoca, sin embargo, no podía oír a su hermano Ochi. Se había ido, metamorfoseado de murciélago, allá arriba, a lo más alto de las nubes. La noche había cubierto sus ojos, y la tormenta sus oídos.

Ochi se hizo una cama de barro para dormir. Y creó, allá arriba, en la cima del altísimo cerro, no gran número de mamíferos, para poder matar su propia hambre. Los animales de Mayowoca, allá en las alturas, más allá de las tormentas, eran los pájaros y los monos.

Muchos años después, Mayowoca mandó al pájaro Conoto en busca del sol. Conoto voló inmediatamente hasta el zenit, en donde el sol estaba fijo, antes del diluvio universal. Pero, cuando después de un camino interminable, llegó al zenit, el sol no estaba allá. Cansado, se dejó llevar planeando, por un fuerte viento huracanado, y Conoto tembló en todo su cuerpo cuando se percató que inconscientemente había llegado al extremo límite de la tierra. [214] Pero ¡oh sorpresa!, allá estaba el sol: una luz cada vez más brillante, a medida que se acercaba más al centro... y al fin una pelota roja de fuego.

El sol, cansado de estar encerrado en la cesta del hombre, habíase fugado desde su puesto-prisión de zenit, hasta los dos extremos límites del mundo. Entre los dos límites extremos, corría el pájaro-sol, contento de su libertad, pero sin poder ir más allá. Así nació el período del día y de la noche. En la noche, cuando los hombres no pueden ver al sol, éste baja por debajo de la tierra allanada, para luego aparecer de nuevo en la mañana en el extremo opuesto.

El pájaro Conoto agarró al pájaro-sol con una masa algonada de nube, y, sin quemarse, lo arrojó a la tierra. Un mono blanco recibió en sus manos a la bola misteriosa. Deshizo ésta, hilacha por hilacha, todo el pelotón de nubes... y con sumo cuidado encerró de nuevo al pájaro-sol en la cesta.

Subió el sol al zenit, en donde se paró por breves momentos. Y en el brillo más grandioso del día, Mayowoca halló a Ochi en la cima del cerro altísimo donde se había refugiado durante el diluvio. Llamó a Ochi: «Hermano mío, ya apareció el sol nuevamente». Mayowoca planeó encima de su hermano y dijo que en el futuro no podrían ya vivir juntos. El uno viviría en el Oriente: Ochi; y Mayowoca, al otro extremo del mundo:

Occidente. Y desde ese tiempo, los dos hermanos viven separados, separados y con la tierra inmensa y hostil entre los dos.

Después del diluvio, Mayowoca quiso poner orden en la tierra deshecha por la tempestad del diluvio. Y para esto necesitaba muchos años, porque la tierra era muy inhóspita y hostil, a causa de las inmensas hecatombes del diluvio.

Para la nueva ordenación creadora de la tierra, Mayowoca no necesitaba ningún esfuerzo, pero sí mucho tiempo para transportar sus ideas a través de las zonas hostiles de la tierra. Todo lo que hoy se encuentra en la tierra fue creado nuevamente por Mayowoca en su caminar por el ámbito de la tierra entera. Mayowoca pensaba: «Aquí faltan árboles...» Y a su paso, detrás de sus huellas, brotaban los árboles. Mayowoca seguía pensando: «Aquí faltan ríos...» Y los ríos surgían con sus chorros y manantiales primeros, al paso de Mayowoca. «Aquí faltan animales...». Y a su paso, surgían todos los animales por la fuerza de su pensamiento y de su querer.

Pasó mucho tiempo, hasta que todos los seres respondieron con su existencia al pensar y querer de Mayowoca. Acababa la nueva creación, Mayowoca dirigió sus pasos a la montaña donde habían sido tragados los primeros hombres. Abrió el cerro en dos mitades y los hombres, ya numerosos, salieron alegres a la luz del sol y todos ellos siguieron a Mayowoca. Enseñeles la tierra y el cultivo de todas las artes. [215]

En la última etapa de un largo caminar con los hombres, Mayowoca celebró con estos una gran fiesta, en la que les enseñó la fabricación de la bebida alcohólica favorable a la comunicación con el cielo: el óki. Después de la fiesta dijo a los hombres que esta fiesta había de celebrarse para ser alegre y en su memoria y recuerdo. Y Mayowoca ascendió a las nubes. Y en el sitio preciso donde se separó de los hombres, se pueden ver aún hoy día las huellas de sus plantas: pues que la tierra mojada que recibió la impronta de sus pies, se secó inmediatamente para perenne recuerdo de su marcha de entre los hombres.

Así fue como fue creado el Tercer Mundo. El Primer Mundo fue destruido por el fuego, porque los hombres de entonces quisieron vivir en un incesto permanente y antinatural. El Segundo Mundo fue destruido con el diluvio, a causa de la imprudencia de Ochi con el pájaro-sol. El Tercer Mundo va a ser destruido por los espíritus malos «los máwari», que son los secuaces de un ser, el más perverso del mundo: Ucara. El Cuarto Mundo será el mundo de Mayowoca, en donde todas las almas de los hombres y los seres todos de la creación entera vivirán juntos en paz idílica, sin ser molestados por mal alguno.

Ucara y los Máwari

Los hombres tuvieron una numerosa descendencia, que se distribuyó por la faz entera del mundo. Hubieran podido vivir en paz más idílica, sin preocupación alguna, a no ser por la existencia del malvado Ucara, el cacique poderoso de la tribu vecina de los Piaroa. El

aspecto exterior de Ucara era de un verdadero demonio. Tenía un cuerpo gigantesco, cubierto con pelos, como una danta. Era caníbal y mucha gente de las tribus vecinas había ido a parar a las hogueras preparadas para sus orgías de carne humana.

Pero su fama más siniestra estribaba en la posesión de una cesta misteriosa donde tenía encerrada una gran cantidad de espíritus maléficos, servidores en sus planes de exterminación. Estos espíritus se llaman Mávari. Con estos horribles genios empezó la muerte entre los hombres, con toda la serie de sus preludios aberrantes: enfermedades, heridas, sufrimientos...

Ucara era el malo por excelencia entre los hombres, porque sin él, los hombres nunca hubieran podido enfermar o morir.

Ucara fue uno de los primeros entre los seres de la tierra. Y desde el principio era enemigo declarado de los dos hermanos héroes. Un día apareció una posibilidad espantosa para que Ucara pudiera destrozarse a Mayowoca: y la utilizó sin ningún reparo y con refinamiento, en la primera oportunidad, justo cuando Mayowoca había perdido a su hijo en la selva. Salieron padre e hijo de cacería y de repente el padre perdió de vista a su hijo. Por [216] mucho tiempo el hijo de Mayowoca erró en el monte, hasta que encontró a un hombre sentado junto a un enorme fuego, calentándose. El hijo de Mayowoca nunca en su vida había visto el fuego. Y con sumo gusto aceptó la invitación del extranjero para acercarse a la hoguera y calentarse. El hombre extraño era Ucara en persona. Y cuando el hijo de Mayowoca se inclinó hacia el fuego, Ucara, empujándole, hizo caer de bruces en medio de la hoguera gigantesca. Ucara asó el cuerpo del muchacho. Al atardecer, Mayowoca también halló por casualidad a Ucara, quien le invitó a probar un pedazo de carne, que decía ser de venado. Pero Mayowoca se dio perfectamente cuenta de que aquellos restos eran los de su hijo y no aceptó la oferta. Y en un terrible silencio y en la angustia terrible del padre herido, vio, fingiendo indiferencia, cómo Ucara comía a su hijo.

Mayowoca decidió matar a Ucara. Para tal fin, hizo un pájaro grande: el águila. Y mandó vengar la muerte de su joven hijo, devorado por Ucara. Durante muchísimos años el águila se entrenó llevando cosas pesadas a través de toda la tierra. Al fin pudo llevar los animales más grandes de la tierra. Llegó entonces la fecha y el día de un ataque directo del águila contra Ucara.

Voló el águila a casa de Ucara dando vueltas encima de la entrada. Ucara asomó a la puerta para deshacerse del visitante importuno por intermedio de un Mávari. Agarrole el águila con sus bien probadas garras y lleve a la copa de un árbol gigantesco, donde devoró todas sus carnes, dejando caer abajo su esqueleto. Un jaguar, al pie del árbol, acabó de devorar por completo los restos óseos del maldito Ucara.

La familia de Ucara cayó en la más negra de las melancolías, y un día la hija de Ucara salió, triste, para hablar con Mayowoca e interceder por su padre, a quien creía prisionero de Mayowoca. Enternecióse Mayowoca ante los ruegos de la piedad filial y accedió a la petición de la hija. «Entra en casa y allí verás a tu padre esperándote». Entró la muchacha en casa y gozosa ofreció a su padre una totuma de «óki», pero Ucara rechazó la oferta y

pidió sangre y carne humanas. Y Ucara continuó matando y sacrificando hombres y más hombres, para sus orgías canibalescas.

Mayowoca, ante estos desmanes, irritose sobremanera. Transfiguró a Ucara en oso hormiguero, y así ya no pudo comer éste carne ni tampoco podía dar órdenes perversas contra los hombres, ya que cada vez que lo intentaba, su boquita de oso hormiguero no podía decir sino: «¡umpf, umpf!».

Cierto día Ucara-oso fue matado y cortado en pedazos (¿por Ochi?), y de sus pedazos descuartizados y resucitados surgieron todos los animales comestibles.

Los Piaroa son la descendencia de Ucara. Los Yabarana de Mayowoca. [217]

Cómo apareció la luna

Una muchacha fue requerida en plena noche por un joven misterioso. A la mañana siguiente, la muchacha quiso conocer a su amante, pero éste habíase ya fugado. Para la noche siguiente, pintó la muchacha sus senos con onoto, esperando que al día siguiente reconocería al joven por las manchas rojas de la cara. Pero el joven quitose las manchas de onoto con el aceite de la palma seje, y la muchacha no pudo dar con él. Esta volvió a pintar sus senos con una pintura más fuerte e imborrable: la pintura negra del «matapalo».

¡Terrible sorpresa! A la mañana siguiente vio las manchas negras en la cara de su propio hermano. Por miedo al castigo espantoso que a esto seguiría, el incestuoso hermano huyó hasta los confines de la tierra, en donde se transformó en la Luna.

Las manchas negras de su cara pueden aún hoy día verse en la luna en sus períodos de crecimiento y mengua. Y si esas manchas se hacen rosadas en cada fase, es porque ellas obligan a la mujer en su fase de menstruación.

Cómo aparecieron las estrellas

Mayowoca mandó un día a su hijo a la pesca, no sin antes indicarle expresamente de pescar sólo dos peces. En su ardor de joven, el hijo olvidó la orden del padre, y pescó una gran cantidad de peces. Pero el espíritu dueño de los peces mandó, enfurecido, un viento huracanado. Y el joven hijo de Mayowoca cayó al agua, donde el pez «Payare», «dueño supremo del agua», lo devoró.

Para salvar a su hijo, Mayowoca puso unos grandes bloques de piedras en el agua, creando con esto los raudales y chorros de los ríos, que facilitarían la pesca. Pescó así al pez «Payare»: cortole sus entrañas y extrajo de ellas a su bien amado hijo. Este no quiso ya vivir en la tierra, y Mayowoca le cambió entonces en las estrellas del cielo, para que pudiera ver la tierra y también para que los hombres pudieran verle a él... que el hijo amado de Mayowoca no estaba ya entre los hombres.

Cómo los hombres recibieron el fuego y la lengua o el idioma

La madre de Mayowoca quiso conocer a los hombres, creados por su hijo y de quienes su hijo le había hablado largamente en bien. Transformose en rana-buey y salió para encontrar a los hombres. Poco tiempo después de su convivencia con ellos observó que no podían hablar y que no tenían fuego. Por esto, escupió de su boca el fuego y lo mostró a los hombres para que vinieran a calentarse a su lumbre. Y allí, cabe a la lumbre, les enseñó a entenderse por medio de sonidos articulados con sus bocas.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

